

La Novela Americana Cinematografica



NÚM. 39

30 cts.

El caso Bellamy

por
Leatrice Joy

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II

Núm. 39

BELLAMY TRIAL
El caso Bellamy

Sensacional asunto, interpretado
por Leatrice Joy (Susana),
Jorge Barraud (Carlos Ives),
Margaret Livingston (Mimi
Bellamy), Kenneth Thomson
(Pedro Bellamy)

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220 — Barcelona

Postal-regalo: **WILLIAM POWELL**

Ediciones **BISTAGNE**
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

El caso Bellamy

Argumento de la película

I

El caso Bellamy había llenado páginas enteras de los periódicos y había tenido en tensión a todos los habitantes de los Estados Unidos.

En la casita del jardinero de una gran finca había aparecido muerta la señora Bellamy. Tenía en el costado la huella de una profunda puñalada. El hecho no podía ser ni más simple ni más vulgar, pero tanto la víctima como los encartados eran personas muy conocidas en la buena sociedad de Nueva York, y esta circunstancia justificaba la expectación y el interés que había despertado.

Se acusaba a la señora de Ives y al señor

Bellamy, el esposo de la víctima. Unía gran amistad a ambas familias.

El fiscal pedía la última pena para los procesados y esto fué causa que la emoción pública llegara al límite.



... había aparecido muerta la señora Bellamy...

* * *

Llegó el día de la vista. Desde las primeras horas de la mañana, numeroso público estuvo estacionado ante la audiencia y cuando se abrieron las puertas, la sala se llenó en pocos segundos. Una nube de *cameramen* y reporteros asaltó en la entrada al juez, al fiscal, al abogado defensor y a todos los protagonistas del gran

acto que se iba a celebrar. También llegaron Carlos Ives y su madre. La anciana daba muestras de tal emoción que su hijo había casi de conducirla por la cintura. Como estaban citados como testigos no hallaron dificultad para entrar en la sala e instalarse.

Sólo unos minutos faltaban para que comenzara la vista, cuando entró en la sala un muchacho alto y delgado, de paso desenvuelto y osado mirar.

Avanzó hasta la primera fila con un gesto que parecía querer decir que la sala era estrecha para él y se quedó muy sorprendido al ver que su pupitre estaba ocupado por una muchacha.

La tocó en el hombro y le dijo:

—Se ha equivocado usted, joven.

Al levantar la cabeza para mirarle, él pudo ver que se trataba de una joven de rostro angelical y dulcísimos ojos, pero no se dejó influir por ello y preguntó:

—¿Tiene usted pase?

Ella sacó del bolso una tarjeta y se la dió.

Leyó el reportero:

Concedo pase de libre circulación a la señorita María Shelton de la Escuela Central de Periodismo, para que asista a la vista de la causa por el asesinato de la señora Bellamy.

J. C. Carves. Juez

—Perfectamente, pero, a pesar de esa tarjeta tan importante, usted sigue ocupando un sitio que me pertenece a mí.

Como el pupitre inmediato estaba vacío María se corrió a él y el napoleónico reportero pudo ocupar el suyo, echando mano del cuaderno de taquigrafía y del lápiz.

De pronto se oyó un intenso rumor en la sala y entraron los acusados.

Ella, Susana Ives, iba vestida de negro, color que armonizaba muy bien con la triste palidez de su rostro. Era muy hermosa y en su semblante se traslucían las huellas de un hondo tormento. El también demostraba que el dolor le oprimía. Era un hombre correctamente vestido con esa elegancia sensata y seria de los treinta y cinco años.

—Ahí está Susana Ives. ¡Qué bella es!—exclamó María, la muchacha de la Escuela Central de Periodismo. Y añadió, dirigiéndose a su compañero de prensa—: ¿Usted también es de los que creen que fué ella la que mató a Mimi Bellamy?

El la miró enojado. No estaba para perder el tiempo.

—Si le interesa, puede usted leer mis opiniones en mi diario.

De pronto el fiscal se levantó, avanzó hasta el centro de la sala y dijo, dirigiéndose al tribunal:

—Señor Presidente de la Sala. Señores del Jurado. En la mañana del 15 de agosto último, la señora Mimi Bellamy apareció muerta de una puñalada. El ministerio fiscal mantiene que la causa del asesinato obedece a los celos y dese-

cha todo móvil de este crimen. Queremos demostrar que para dos individuos, la muerte de la señora Bellamy, tiene una importancia suprema... y estos dos individuos son: Susana Ives... y Pedro Bellamy. Está probado que Carlos Ives, esposo de la procesada, y la víctima Mimi Bellamy, se hallaban unidos por un amor ilícito y condenable. En consecuencia, el ministerio fiscal, sostiene que uno de los dos procesados o ambos de común acuerdo, cometieron este espantoso crimen con móviles de venganza.

Un amplio murmullo llenó la sala. Las elocuentes palabras del fiscal habían llevado a los corazones de todos, la consecuencia de que los procesados eran culpables de un doble delito: el de traición conyugal y el de asesinato.

Susana Ives inclinó la cabeza para que no la vieran llorar. También Pedro Bellamy hizo un gesto de vergüenza y de dolor.

Correspondió el turno al abogado defensor. Así como el rostro del fiscal era anguloso y duro de expresión, el del letrado de la defensa era sereno, simpático y bondadoso. Animó a los procesados con palabras de esperanza y, avanzando hasta el centro del salón, dijo con voz tranquila y firme:

—Señor presidente. Como abogado defensor tengo que hacer constar que las deducciones fantásticas del ministerio fiscal, sólo autorizan para presentar una evidencia circunstancial contra los acusados... pero por idéntico procedimiento de suposiciones, podría llegarse a acusar

de este asesinato al mismo presidente de la república. La obligación de los tribunales es determinar quién o quiénes son los culpables. Que el señor fiscal haga declarar a los testigos de cargo.

Un suspiro de alivio llenó toda la sala. La gentil Susana Ives y el simpático Pedro Bellamy ya no aparecían a sus ojos como forzosos criminales. Había esperanzas de que no lo fueran.

—Usted dirá lo que quiera—opinó María dirigiéndose a su vecino—pero a mí me parece que Susana no es culpable.

—Yo no digo nada, señorita—dijo el reportero interrumpiendo por un instante sus rasgueos taquigráficos.

II

El primer testigo que se llamó a declarar fué Luigi Orsini, el jardinero de la finca donde se había cometido el crimen. Era un hombre grueso, calvo y bigotudo que temblaba como si en vez de sentarse en el sillón de los testigos fuera a hacerlo en la silla eléctrica.

El fiscal le preguntó:

—Señor Orsini. ¿Declara usted ser el jardinero de la finca de Thorne?

—Sí, señor.

—Díganos qué pasó allí el día 15 de agosto último.

—Pues verán ustedes—balbuceó—. Yo duermo en la casa con los criados. Lo primero que hice ese día al levantarme fué dirigirme como siempre, a la caseta que está al otro extremo de la finca, más allá del bosque, cuando, al entrar vi tendido en el suelo el cadáver de la señora Bellamy. Horrorizado, cogí el teléfono y lo comuniqué a la policía. Me dijeron: “No toque el cadáver” y yo contesté: “No... tenga... usted miedo... no seré yo quien lo toque.” Vino la policía y el forense. Colocaron el cadáver en una cama y poco después llegó el señor Bellamy, el cual se arrojó llorando sobre el cadáver de su señora.

Y Luigi temblaba y se conmovía como si las escenas se reprodujesen.

—¿Había usted visto a la señora Bellamy en la casa de campo antes de la noche de autos?

—Sí, muchas veces... acompañada siempre del señor Ives.

—¿Cómo entraba?

—Por la puerta.

—Hágame el favor de contestar con más inteligencia a mis preguntas. ¿Le hizo usted confidencias a alguien de que la señora Bellamy y el señor Ives se encontraban frecuentemente en la casa de campo?

—Sí, en cierta ocasión acabé por referírsele al señor Elliot Farwell que se había interesado mucho por saberlo.

Por último preguntó el fiscal:

—Luigi Orsini. ¿Es usted el asesino de la señora Bellamy?

Luigi dió un salto.

—No, señor. Juro a usted que no—dijo a punto de romper a llorar.

—Nada más. ¡Puede usted retirarse!

Entonces preguntó el presidente:

—¿Se encuentra el señor Farwell en la sala?

—Estaba pero ha marchado hace un momento—repuso el ujier.

—¿Se ha marchado antes o después de haber pronunciado el testigo su nombre?

—Después.

El presidente indicó al secretario.

—Haga el favor de citar al señor Elliot Farwell.

* * *

Compareció después el forense y el fiscal le preguntó:

—Doctor.. ¿Fué usted llamado para examinar el cadáver?

—Sí.

De la gran mesa donde se hallaban las pruebas del crimen cogió el acusador un cuchillo.

—He aquí el cuchillo encontrado por la policía en la biblioteca de Ives.

Después tiró de una tabla cubierta por un lienzo que estaba debajo de la mesa y al descubrir la tela apareció un maniquí de cera, con una brecha en un costado.

Un murmullo angustioso se oyó en la sala. Algunas señoras se desmayaron.

El fiscal, impertérrito, introdujo el cuchillo por la brecha y preguntó mientras se recreaba en aquella horrible operación:

—Doctor. ¿Estaba la herida en semejante sitio?

—Sí.

—¿Podría usted decir si la herida está hecha con este cuchillo?

—Acaso.

Entonces intervino el abogado defensor.

—¿Puede usted afirmar que la herida ha sido hecha con este cuchillo?

—No.

Y el fiscal preguntó en seguida con súbita inspiración:

—¿Pero quiere usted decir si podría haber sido hecha con este cuchillo?

—Sí.

—Nada más—dijo el fiscal muy satisfecho volviendo a su sitio.

Se suspendió la vista durante media hora, el tiempo justo para comer y el reporter se levantó. Al ver que María se quedaba no pudo menos de preguntarle:

—¿No viene usted a comer? Yo voy al restaurante de al lado.

—No—repuso María un poco azorada—. No quiero perder nada de este asunto.

El reporter se fué pensativo.

Los periódicos de medio día publicaban el resultado de la primera parte de la vista y eran arrebatados de las manos de los vendedores.

Las muchachas de la Universidad lo leían apasionadamente en grupos, cuando pasó por detrás de ellas un profesor que, al oír los apasionados comentarios, demostró gran interés y se apresuró a comprar el periódico.

Después se acercó con disimulo a una alumna de ojos negros que estaba un poco apartada de sus compañeras y le dijo:

—Lee el periódico de la mañana.

Y ella respondió con voz agitada y sin volver la cabeza.

—Ya lo he leído.

* * *

La sala volvió a llenarse de público. Entró el reporter y sacó del bolsillo un plátano que entregó a María.

—Tome. Cómaselo, no tenga vergüenza.

Ella vaciló un momento, pero al ver la buena fe reflejada en los ojos del compañero lo tomó, lo mondó y se lo comió con excelente apetito.

Se reanudó la vista. El reporter había abierto ya su cuaderno de taquigrafía y escrito algunas palabras, cuando María le preguntó:

—¿Cree usted que habrán encontrado a Elliot Farwell?

—Farwell está a un millón de kilómetros de

aquí. ¡Cualquiera lo encuentra!—repuso con regularidad.

Apenas había pronunciado estas palabras el presidente llamó:

—¡Señor Elliot Farwell!

Y Farwell entró en la sala.

María no pudo contener la risa.

—Bien—dijo el joven—. Cualquiera puede equivocarse. Para algo se han inventado las gomas de borrar.

El fiscal preguntó al testigo:

—Señor Farwell. ¿Cuida usted de los bienes de Thorne?

—Sí.

—¿Le ha hablado a usted alguna vez el jardinero de las entrevistas que celebraba Mimi Bellamy con Carlos Ives?

—Sí.

—¿Cuando usted lo supo se lo dijo a alguien?

—Sí, señor, se lo dije a la esposa de Carlos Ives. La vi una mañana en la playa y entonces le hice la confidencia. Ella me contestó: “No es posible, Elliot. Fueron novios antes de que Carlos se casara conmigo.” Eso es todo. Pero en este momento se acercó la señora de Bellamy. Iba en bañador. Ciertamente estaba hermosa en su semidesnudez, y su gracia de chiquilla traviesa lucía así en todo su esplendor, pero no era menos cierto que estaba como siempre provocativa. Preguntó a Susana Ives: “¿Dónde está Carlos? Me dijo que nos baña-

ríamos juntos.” Y Susana contestó: “Carlos se ha quedado en casa trabajando.” Cuando se fué dije a mi amiga: “¿No lo ve, Susana? Es perfectamente claro. Le digo que tiene una cita para esta noche en la casa de campo de Thorne.” Pero ella incrédula repuso: “Esta noche Carlos tiene su partida de poker y no existe mujer capaz de hacérsela dejar.” En este momento vi como la señora Bellamy entregaba una carta a la doncella de Susana Ives y se lo hice notar. Este detalle parece ser que la preocupó.

—¿Qué día dijo usted eso a Susana Ives?—preguntó el fiscal.

—El mismo día del crimen.

Conforme hablaba, el testigo había ido enardeciéndose y llegó a mostrarse excesivamente excitado.

De pronto le preguntó el fiscal:

—Al decirle a Susana Ives que su marido se entendía con Mimi Bellamy, ¿no lo hizo usted animado por una razón personal?

—No. Solamente creí que era mi deber advertirla.

—¿No es cierto que usted amaba a Mimi Bellamy?

El testigo se estremeció y guardó silencio.

—Conteste. Estaba usted enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí... lo estaba.

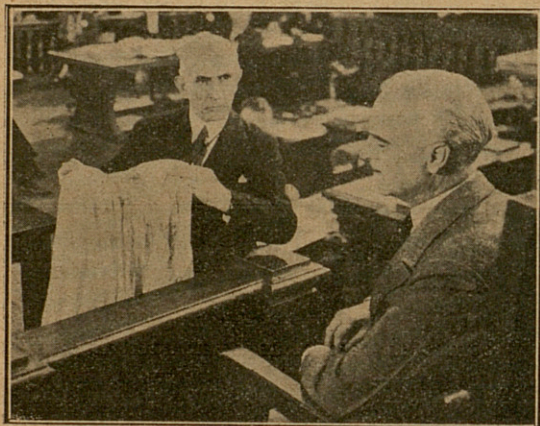
Entonces el fiscal cogió de la mesa de las pruebas un vestido y lo mostró a Farwell.

—¿Sabe usted a quién perteneció este vestido?

—Era de Mimi Bellamy.

—¿Sabe usted si lo llevaba puesto el día que la asesinaron?

—¡Ese día no la vi!



—¿Sabe usted a quién perteneció este vestido?

—¿No se hallaba usted en la casa de campo la noche del crimen?

—No... no...

—¿Y si hubiera estado allí no es cierto que la hubiera defendido?

Tembloroso, acorralado, iba el testigo a res-

ponder, cuando se oyó la voz del abogado defensor.

—Señor presidente, protesto.

—Aceptada la protesta. Quiten eso del sumario—dijo el presidente dirigiéndose al secretario.

El fiscal hizo un gesto de contrariedad y dió por terminado el interrogatorio.

* * *

Declaró a continuación el ama de llaves de los señores de Ives, la cual al pasar por delante de Susana, su dueña, le dirigió una mirada que podía traducirse por lo siguiente: "Ahora me las pagarás todas juntas."

—¿Es cierto que la señora de Bellamy le entregó a usted una carta en la playa?

—Sí, una carta dirigida al señor Ives.

—Díganos qué hizo usted con la carta.

—La coloqué dentro de un libro, como me tenía ordenado el señor que hiciera siempre que tuviera que darle una carta de la señora Bellamy, y se lo anuncié al señor Ives, el cual telefonó en seguida a un amigo para decirle: "No me esperes. Esta noche no puedo ir a jugar al poker." Después, iba sin duda a recoger la carta, cuando entró la señora y le preguntó: "¿Quieres que vayamos al cine, Carlos?" Y el señor repuso: "No puedo. Esta noche tengo que ir a jugar al poker." Una hora después, cuando el señor fué a coger la carta, no estaba

ya en el libro. Estoy segura de que la señora se había apoderado de ella.

—Puede usted retirarse.

Al pasar por el lado de su antigua señora, el ama de llaves le dirigió otra mirada que quería decir:

—Chúpate esa.

III

Fué llamada la anciana madre de Ives. Su hijo la animó:

—Madre, no tema nada.

Y la acompañó hasta el sillón de los testigos, volviendo después a su puesto entre el público.

La viejecita estaba muy pálida y miraba compasivamente a su nuera, la procesada.

—¿Vió usted salir a su hija política de casa la noche del crimen?—comenzó por preguntar el fiscal.

—Sí.

—¿A qué hora volvió?

—Cerca de las once.

—¿Recuerda si llevaba puesto el abrigo y el sombrero?

—El sombrero sí, pero no el abrigo. Por cierto que me dijo que había mandado éste a la tintorería porque se le había manchado de grasa.

—Eso es todo. Muchas gracias.

Y al decir esto el fiscal pensaba sin duda: “¡Buena caza he hecho!”

* * *

Los periódicos de la noche publicaban con grandes titulares:

LA DECLARACION DE LA MADRE DE CARLOS IVES PERJUDICA A LOS ACUSADOS

La alumna de los ojos negros fué una de las primeras en leer la noticia y en seguida se puso al habla con su profesor por teléfono. El profesor había leído también el periódico.

—¿Te has enterado?—dijo ella—. Es horrible.

—Calma y silencio—repuso el profesor.

Al día siguiente fué Pedro Bellamy el primero que se sentó en el sillón de los testigos entre la expectación general.

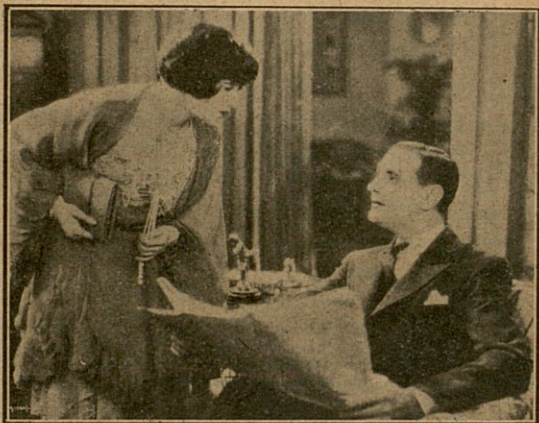
El fiscal le dijo con gesto amenazador:

—Pedro Bellamy, está usted defendiendo su propia vida. Tenga usted cuidado de declarar exactamente lo que sucedió la noche del crimen.

Y el testigo contó así lo que había sucedido la noche fatídica.

—Leía yo el periódico después de cenar, cuando mi esposa vino a decirme: “¿Quieres dejarme ir al cine con los de Conroy?” Y yo le contesté: “Sí, yo mismo te llevaré en el coche.” Pero ella se opuso a que la acompañara

alegando que necesitaba hacer ejercicio y quería ir a pie. Una hora después se presentó en mi casa Susana y me dijo de buenas a primeras: "Es necesario que lo sepas: tu esposa y mi marido se entienden." Yo me eché a reír,



"¿Quieres dejarme ir al cine con los de Conroy?"

pero ella continuó: "Es verdad. Elliot Farwell me ha dicho que esta noche tienen una cita en la caseta de tu jardinero." Entonces yo, para tranquilizarla, tomé la determinación de que fuéramos al cine donde estaba Mimi, para que la viera. Cuando llegamos salían los señores de Conroy. Les pregunté: "¿Dónde está mi es-

posa?" Y me contestaron: "No la hemos visto." No podía seguir negando. Volví a subir al auto del que Susana no se había movido y la llevé a su casa, dirigiéndome yo después a la mía.

—¿Cómo no dió parte a la policía al ver que su esposa no regresaba en toda la noche?

Visiblemente turbado, Bellamy repuso:

—No lo sé. Estaba anonadado. No sé lo que pasó.

—¿De modo que no recuerda usted lo que pasó?

El acusado bajó la cabeza al mismo tiempo que se enjugaba el sudor de la frente, pero aun tuvo que sufrir las pruebas de examinar el cuchillo y el vestido que llevaba su esposa la noche del crimen.

Finalmente, el fiscal le tendió un lazo con la siguiente pregunta:

—¿Le llamaron a usted para que identificara el cadáver de su esposa?

—Sí.

—¿Tenía la cabeza cerca del piano o los pies, cuando estaba caída en el suelo?

—Los pies.

El reportero exclamó:

—¡Lo han atrapado!

—¿Por qué?—preguntó María.

—Porque antes de que él llegase a la casa habían colocado el cadáver en la cama.

—¡Pobrecito!

* * *

Cuando se sentó Carlos Ives en el sillón de los testigos, el fiscal le preguntó:

—Hubo un tiempo en que usted estuvo enamorado de Mimi Bellamy. ¿No es cierto?

—Fuí prometido.

—¿Por qué motivos tenía usted en los últimos tiempos citas con ella en la casa de campo?

—Quería que le diese dinero a cambio de unas cartas que yo le había escrito.

—¿Y usted estaba dispuesto a pagarle para que se las devolviese?

—Sí. Me amenazó con darlas a la publicidad si me negaba.

—Y si las hubiese publicado. ¿qué mal le hubieran hecho a usted?

—Hubieran lastimado a mi mujer.

—¿No le habría perjudicado de otra manera?

—Sí. Habrían lesionado mi reputación.

—¿Tan importante es usted?

—Soy candidato para senador de este estado.

Le mostró el fiscal un paquete de cartas.

—¿Son estas las cartas que perjudicarían su reputación?

—Esas son.

—Pues bien, van a ser leídas en voz alta.

Se las entregó al secretario y éste comenzó a leerlas entre las risas del público, pues abun-

daban las frases: “pichoncito mío”, “nena de mi corazón”, etc., etc.

Una de las misivas decía:

Mimí, ángel mío:

Son las cinco de la mañana y va a salir el sol. ¿Qué cortas me han parecido las horas que has pasado a mi lado!...

—No hace falta leer más—dijo el fiscal viendo que no lograba conmover a Ives, el cual dirigía a su esposa alentadoras miradas que ella agradecía. Se sabían los dos inocentes.

—¿Dónde estaba su mujer cuando usted escribió esas cartas?—siguió preguntando el acusador.

—No lo sé. Entonces aun no la había conocido.

—¿No la conocía usted?

—No. Las escribí hace diez años. Mucho antes de casarme con ella.

—Va a ser difícil probar que estas cartas fueron escritas hace diez años. No llevan fecha ni timbres de correos.

—En efecto, pero hablan de la salida del sol a las cinco, y eso tuvo que ser antes de que atrasásemos los relojes una hora, es decir hace unos diez años.

Un murmullo de aprobación en la sala y el fiscal dirigió el ataque por otro punto.

—Señor Ives. ¿Es cierto que no recibió usted la carta de Mimí Bellamy, citándole el 15

de agosto por la noche en la casa de campo?

—Cierto. No la recibí.

—¿Entonces dónde permaneció usted la noche del crimen?

—En casa.

—¿Toda la noche?

—No. Cuando vi que no había carta alguna, me fui a jugar al poker y regresé pronto a casa.

—¿Puede usted probarlo?

—Desde luego. Dos amigos míos me acompañaron a casa y lo declararán.

Muy a pesar suyo, el fiscal tuvo que decir:

—Nada más. Puede usted retirarse.

Declaró después un especialista en impresiones digitales, el cual dijo que las que envió al Tribunal fotografiadas las halló en una lámpara en el lugar del crimen y que pertenecían a Susana Ives.

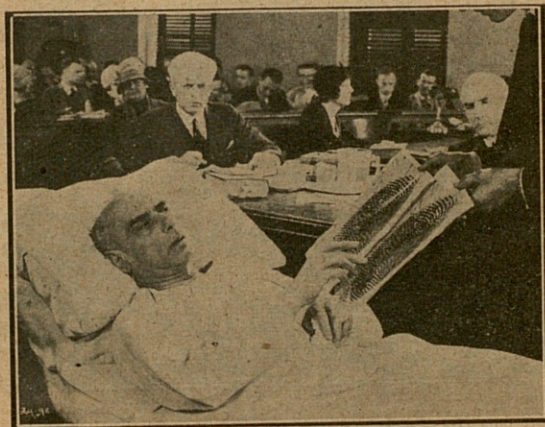
A ésta le correspondió entonces el turno en la declaración, lo que hizo que la sala se animara repentinamente sacudida por una ráfaga de emoción.

—Usted ha oído la declaración del señor Bellamy. ¿Ha dicho la verdad?—preguntó el fiscal a Susana.

—Sí. Pero le ha faltado decir que después de saber que Mimí no estaba en el cine, fuimos a la caseta del jardinero para comprobar la certeza de la cita.

Y refirió brevemente que al entrar ella, co-

gió una lámpara para iluminar la habitación y que la lámpara le cayó de las manos al ver a la víctima tendida en el suelo. El señor Bellamy se arrojó llorando sobre el cadáver y después, cuando la condujo a ella al auto para llevarla a su casa, le dijo:



Declaró después un especialista en impresiones digitales...

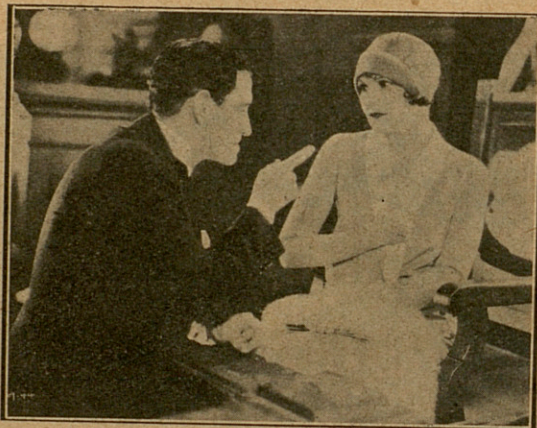
—No digamos que hemos estado aquí, Susana. Sospecharían de nosotros antes que de nadie y ningún jurado creería la verdad.

En vista de esta declaración, el fiscal solicitó que volviera a declarar Pedro Bellamy, el cual añadió al relato de Susana, como hecho im-

portante, que volvió después a la casa del jardinero y pasó la noche al lado de su esposa muerta.

—¿Por qué pasó usted la noche allí?

—Mimí siempre tuvo horror a la oscuridad.



—¿Ha dicho la verdad?

IV

Concluido el desfile de testigos el fiscal se levantó para decir:

—Señores del Jurado: han oído ustedes las declaraciones de los acusados y testigos. La defensa ha defendido con gran elocuencia a los acusados, pero no ha logrado nada, porque Pe-

dro Bellamy ha mentido al ocultar la visita a la casa del crimen. Y luego, cuando Susana Ives declaró la verdad, nos salió con que su mujer tenía miedo a la oscuridad. Además el médico forense declaró que el crimen pudo ser cometido con el cuchillo de Susana Ives. Y, por último, se han encontrado impresiones digitales que prueban que Susana Ives cometió el crimen y que Pedro Bellamy fué su cómplice. Señores del Jurado, Susana Ives ignoraba que Mimí Bellamy quería hacer un chantage a su marido, pero si creía que Mimí Bellamy amaba a su marido, Pedro Bellamy también lo creía. Por eso la mataron... y por eso es vuestro deber ante Dios y ante la Ley, el aplicar a Susana y a Pedro Bellamy la pena capital.

El público demostró con un amplio rumor que el informe le había impresionado y se levantó el abogado defensor para decir:

—Señores del jurado; han oído ustedes al tonante ministerio fiscal. Ha tratado de perseguir con saña a los acusados, no de examinar con desapasionamiento la verdad. Ha tratado de convertir la sala en un museo de horror para emocionaros. Pero la evidencia que sustenta es puramente circunstancial y se funda en tres puntos sin consistencia seria; el cuchillo, las impresiones digitales y un motivo imaginario. ¡Veamos el cuchillo! ¡No fué encontrado en el lugar del crimen! No tiene impresiones digitales ni manchas de sangre. ¡Abso-

lutamente ridículo! Respecto a las impresiones digitales nosotros afirmamos que alguien estuvo allí antes que la señora Ives. Algún enamorado de la muerta o quizás un bandido. Hermanos. ¡Vosotros sabéis que esta mano delicada no empuñó el cuchillo! Esta madre amante de sus hijos es inocente. Y ustedes no podrán comprender nunca que el hombre que estuvo toda la noche con la mano helada de la muerta en el corazón sea un asesino. No pueden imputar este horrible crimen a un caballero como éste. ¡Por eso, señores del jurado yo les pido que hagan justicia! ¡Devuelvan la vida a estos seres desdichados que han estado a punto de perderla! Y con su veredicto hagan honor a la Justicia que esta sala defiende.

* * *

Imperaba en la sala la opinión de que serían condenados cuando se levantó el presidente, después de la deliberación, para pronunciar la sentencia.

De pronto se oyó una voz en la sala.

—Señor presidente, tengo algo muy importante que decir.

El que así había hablado era el profesor, el cual se hallaba en la sala acompañado de la alumna de ojos negros.

Se le hizo pasar al sillón de los testigos y explicó que la noche del crimen estaba con su prometida—la alumna de los ojos negros—cerca de la casa donde ocurrió el crimen, cuan-

do vieron llegar un auto a la casa del jardinero, donde entraron los procesados. Por una ventana lo vieron todo como lo habían relatado los procesados y al salir oyeron como decía el señor Bellamy a la señora de Ives: "No digamos que hemos estado aquí, Susana. Sospecharán de nosotros antes que de nadie y ningún jurado nos creería." No he contado todo esto hasta ahora por temor a que sufriera la reputación de mi prometida, pero al fin ha vencido en nosotros dos la conciencia al ver que iban a condenar a dos inocentes.

Protestó el fiscal, pero la sala en pleno aceptó la declaración del testigo y absolvieron a los procesados.

Gracias a María que tuvo ocupado el teléfono del Bar de enfrente para que nadie se lo quitara, su amigo el reportero pudo ser el primero en dar la noticia del fallo a su periódico.

Después la alegría no fué sólo para los procesados absueltos, sino que también ellos, el reportero y María, fueron muy felices cuando se prometían amarse eternamente.

* * *

Pero el problema seguía en pie: ¿Quién había matado a Mimí Bellamy? Todos los periódicos lanzaban esta pregunta con reticencia que comprometía a ciertas personas que tomaron parte en el proceso como testigos.

Un día se presentó en casa del juez la madre de Carlos Ives y se declaró autora del delito. Estaba arreglando los rosales del jardín cuando vió a través de los cristales de una ventana, como el ama de llaves colocaba una carta en un libro. Aprovechando la primera oportunidad, se apoderó de ella y vió que la víctima citaba a su hijo para aquella noche en la caseta del jardinero. Se dirigió hacia allí y vió que, en efecto, la señora de Bellamy esperaba a su hijo. Le afeó su conducta y le rogó que no destruyera la paz de un hogar feliz. Mimi la maltrató y le dijo que quería ver a Carlos para venderle a buen precio unas cartas que le comprometían. Como ella insistiera en que dejara a su hijo, Mimi la arrojó de un empujón al suelo pronunciando palabras ofensivas y mal sonantes. No se daba exacta cuenta de lo que ocurrió a partir de entonces. En el suelo había un cuchillo de podar y su mano vino a caer sobre él. Se levantó empuñándolo. Mimi volvió a abalanzarse sobre ella y tropezó con la afilada punta del cuchillo que se hundió en su costado. Esto fué todo. Sólo le faltaba añadir que el cuchillo con que se cometió el crimen no era el que hallaron en la biblioteca, pues aquél lo ocultó ella en el mismo jardín.

El juez que había escuchado atentamente todo el relato, cerró los ojos y fingió despertar de súbito.

—¿Qué me harán?—preguntó la anciana. El juez contestó:

—Perdóneme señora, pero estoy muy cansado y me he dormido. No he oído nada... absolutamente nada. Váyase a su casa tranquilamente y no vuelva a pensar en ese asunto que ya está solucionado.

Y él mismo la condujo hasta la puerta.

La anciana volvió a su casa llorando de alegría y su goce fué aún mucho mayor al ver el hermoso cuadro familiar que formaban Susana, Carlos y sus hijitos, los cuales no se cansaban de demostrarse unos a otros que volvían a ser felices.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA³

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Ultimos éxitos:

Estrellas dichosas
Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos
Evangelina

Hoy:

EL CABALLERO

por Richard Talmadge

Precio: 1 peseta

La novela EVA

Números publicados:

1. La rubia del taxímetro
por Domingo de Fuenmayor
2. La manicura que no sabía decir
que no
por Lili
3. Santa Madrona
(aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)
por José Reygadas
4. Impresión... eléctrica
por Lina
5. Encarna, la enigmática
por Dora
6. Casada... y como si nada
por Don Nadie
7. Cuatro maridos
por Tony
8. El caso de Clarita
por Lina
9. Lasota es un «as»
por Don Lolo

Acaba de aparecer:

Por la cuenta de nueve
por Perla Gris

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos



El jueves aparecerá
el décimo cuaderno de la deliciosa novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, amantes o no amantes del cine, leerán con deleite!

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos





E
B